

ce y afirma que existe, porque una mitad de la humanidad vive bajo un derecho oprobioso. Esta mitad del género humano está exceptuada del voto, de la creación y del cuidado de las leyes. Se hacen las cosas por ella, la mayor parte de las veces contra ella y siempre sin ella. La mujer tiene entonces el derecho de volverse contra su dueño y señor y decirle: "Mira tu obra. ¿Serás capaz de asegurar que has dirigido tu actividad y la mía razonable y justamente? Te he dejado mi dirección durante muchos siglos y he visto pacientemente cómo esta tierra, que debiera ser un paraíso, la has convertido en un lugar de miserias y de lágrimas. Todavía es hora de alzarse contra tí para exigirte mi derecho. De nada servirá que te apoyes en mis defectos para negarte a mis pretensiones. Si tengo defectos, tú los has creado, porque tú has hecho a la mujer como ella es hoy."

Ahora bien; yo no estoy muy seguro de que la sociedad esté mal porque la mujer no haya trabajado en ella con los mismos derechos que el hombre. Puede, sin embargo, hacerse un ensayo llevándola a un trabajo de colaboración. Es imposible que lo haga peor que el hombre. Acaso confía demasiado Finot cuando acepta que la disminución de la natalidad, el alcoholismo, la delincuencia, la disipación del dinero público, el favoritismo disminuirán tan pronto como la mujer tome la dirección de la humanidad. Sin embargo, es posible que esté en lo cierto cuando afirma que bajo el influjo de las madres la eterna amenaza de la guerra, que envenena la vida de los pueblos y los lleva a la ruina, acabará por desaparecer. El voto político de la mujer, que en todas partes aspira al mismo ideal, tendría como consecuencia la limitación de los armamentos y se llegaría en menos tiempo del que se cree al sueño dorado de la paz perpetua, al desarme universal. Este razonamiento conduce a Finot a una forma sor-

prendente del progreso: "El crecimiento de la cultura consiste en una disminución de la fuerza bruta y en una exaltación de la habilidad, la dulzura de las costumbres, la bondad y el amor al prójimo. Estos rasgos son considerados, con razón o sin ella, como esencialmente femeninos. El progreso consiste, pues, según esto en que el hombre se parezca cada vez más a la mujer." A esto se podría contestar que más bien ocurre lo contrario. En lugar de hacerse femenino el hombre, es la mujer la que se masculiniza por su vestido, por su conducta y por su modo de pensar. Lleva chaleco abierto y corbata como un estrafalario lechuguino. Las más atrevidas ostentan monóculo, se recortan el pelo y usan sombrero de fieltro. Otras fuman, colocan las piernas como los hombres, hablan y ríen a gritos y ponen todo su empeño en los sitios públicos en molestar todo lo posible a sus atentos vecinos. No son sólo las mujeres mal educadas las que se producen así. Esta falta de educación es una tendencia, una moda preferida, usada metódicamente en los centros elegantes donde se congrega la pretendida buena sociedad. ¡Qué decir de los deportes femeninos! Tienen la pretensión de sobrepasar en ánimo y en fuerzas a los hombres. Es posible que todo ello constituya un exceso, un error o una excrecencia del movimiento, en sí justo, a favor de la igualdad, y que más tarde, después de la lucha, una vez obtenida la victoria, vuelva la mujer a encontrar su propia naturaleza.

Finot da una sucinta, pero suficiente y pintoresca exposición del lugar que ocupó la mujer en los principales pueblos y en las más importantes religiones del pasado y del presente, reuniendo a su vez los juicios que la mujer ha merecido a los espíritus directores de la humanidad. No calla lo malo que se dijo contra ella en veinte idiomas, en prosa o verso, con científica seriedad o con